

Libro del año

LLÄTZER MOIX

LA VANGUARDIA, 25.01.09

El discurso inaugural de Barack Obama ha alcanzado un éxito superior al del libro del año. Al menos, en términos cuantitativos. Dos millones de personas lo escucharon al aire libre en el Mall de Washington. Y cientos de millones lo siguieron en casa, vía televisión. Cuesta imaginar otro momento en el que tantas personas estuvieran absorbiendo, a la vez, un mismo texto, durante veinte minutos y sin interrupciones. Obama no es Churchill, que a golpe de alocuciones ganó el Nobel. Pero en las listas de éxitos, que se rigen por criterios numéricos, le sacaría hoy ventaja.

Todo ello me lleva a analizar este discurso de investidura como si fuera un artefacto literario. En un primer nivel de análisis, el estructural, la cosa está clara: Obama empezó inscribiéndose en una tradición gloriosa y asumiendo la crisis actual con vocación de cambio. Revisó la política nacional y luego la internacional, enfatizando su deseo de diálogo y de ruptura con el marrullero Bush. Y terminó enlazando con referentes históricos, proyectados hacia el futuro gracias a un octeto de valores.

En términos estilísticos, Obama hizo lo que pudo. Cuando uno se ve obligado a comprimir muchos asuntos en pocas páginas, los textos se resienten. Obama trató de evitarlo usando un lenguaje aseado, sin excesivas florituras ni reiteraciones léxicas, recurriendo a anáforas, y administrando con gracia tonos y silencios, como buen orador que es.

En el capítulo de contenidos, al tiempo que reivindicaba el legado de los padres fundadores - como cualquier presidente-, Obama le metió unos

viajes a su antecesor. En especial en lo tocante al mercado desbocado, las políticas ilegales, Iraq, Afganistán, las desigualdades y el caduco unilateralismo que ignora la nueva diversidad nacional y global.

Quisiera aludir por último a otros elementos, en apariencia menores, que sazonaron el discurso. Gracias a ellos, Obama logró asociar ideas e imágenes y, así, empatizó con la audiencia. Por ejemplo, el presidente criticó los excesos de "la riqueza y la fama", y a mí, no sé por qué, se me aparecieron de inmediato los rostros del timador Bernard Madoff y de la vacua Paris Hilton. Obama entreveró también en el discurso alusiones a su progenitor, y muchos reconocieron en él al suyo: "Presta juramento ante vosotros un hombre cuyo padre, hace menos de sesenta años, tal vez no habría sido servido en un restaurante". No dudó en echar mano de un bombero como paradigma de virtudes nacionales, conectando con los héroes del 11-S. E incluyó en su lista de ocho valores, encabezada por el trabajo duro, la curiosidad, por delante del patriotismo: en ese punto, quizás alguno pensara que sus muchas horas en Facebook no están mal empleadas. Fueron cuatro guiños para aupar un best seller que ha encandilado a millones de personas antes de llegar a imprenta.